

de la tarde espiraba. Scanlan se había retirado á su casa, de donde mandó participar á la autoridad que estaba á su disposición. El general Francisco Hernández se dirigió inmediatamente á la casa, y le condujo al local de la policía, de donde fué trasladado en la tarde á la cárcel pública.

## LA COLONIA ESPAÑOLA.

### DOBLE ULTRAJE.

El sistema del silencio, que suelen adoptar los gobernantes en los casos de evidente gravedad, y que han adoptado los de México, en las cuestiones gravísimas que están todavía pendientes con los Estados Unidos, á pesar del pregonado reconocimiento del gobierno del general Díaz por el de aquella república, es el peor de los sistemas.

Es un extremo de prudencia, que se toca con la imprudencia.

El gobierno se divorcia así de la opinión pública, en que únicamente puede buscar la fuerza necesaria en la hora del peligro y, eludiendo el deber de ilustrarla y de guiarla, déjala expuesta á riesgosas vacilaciones.

Hace pocos días que, por los periódicos de los Estados Unidos, y no por comunicaciones del Ministro mexicano en Washington, nos llegó la noticia de que los generales americanos de la frontera habían recibido nuevamente órdenes terminantes para no respetar el territorio de México en la persecución de los bandidos. Fué interpelado el Gobierno por algunos colegas, y dijo entonces el DIARIO OFICIAL, casi al mismo tiempo que saludaba fraternalmente, con motivo del aniversario del 4 de Julio, á los representantes de los Estados Unidos y á los ciudadanos americanos residentes en la República, que el Gobierno pediría informes á su representante en México.

O el Sr. Zamacona pecó primero de inadvertido, no comunicando aquellas órdenes á su gobierno y ha desacatado después la autoridad de éste, negándose á dar los informes que se le pidieron, ó el Gobierno ha creído prudente, ántes y después, callarse las revelaciones de su Ministro.

Algun desacuerdo hace presumir entre el Sr. Zamacona y el Gabinete del general Díaz, el rumor que circula actualmente sobre dimisión del primero y negativa del Presidente á que le sea admitida la renuncia; pero, en cualquiera de los dos casos, y exista ó no el desacuerdo que se supone, ha prevalecido el sistema del silencio, y nada ha vuelto á decir el DIARIO OFICIAL, aunque hace días que no es un misterio para nadie la escandalosa reciente invasión del territorio mexicano, por

fuerzas americanas, al mando del general Mackenzie y del coronel Shafter.

Cuando, en una cuestión internacional, calla el Gobierno que tiene su órgano propio en la prensa; no deben extrañarse el silencio y la exagerada cautela de los diarios independientes, amigos ó adversarios del poder, por más que contrasten con los clamores de la americana, que trata diariamente, en varió sentido, de las cuestiones de la frontera, no siempre en sentido honroso para México.

Tenemos á la vista el HERALD de Nueva York correspondiente al 24 de Junio, y en él leemos los siguientes despachos, que traducimos lo más literalmente posible:

*Galveston, Texas, Junio 23.*

El corresponsal del NEWS, de Eagle Pass, dice: "El general Mackenzie y el coronel Shafter llegaron aquí anoche. Sus fuerzas llegarán mañana, después de haber penetrado en México sobre 45 millas más allá de Newton, límite de los dos territorios y sobre 18 millas al Este de Sarragosa, donde encontraron un destacamento del ejército mexicano, á las órdenes del coronel Valdez, tendido en línea de batalla. El coronel mexicano preguntó el objeto de la invasión, poniendo en conocimiento del general Mackenzie que tenía orden de rechazar la invasión y que, por lo tanto, las tropas americanas no pasarían de allí.

Como la posición de los mexicanos impedía el paso á los americanos, el general Mackenzie les exigió que le dejaran libre el camino y que, si no lo hacían para las cuatro de la tarde, sus soldados romperían el fuego.

En consecuencia de esta orden formaron también los americanos en línea de batalla; y en cuanto sonó la hora fijada comenzaron á avanzar.

Su número pareció intimidar á los mexicanos, que se alejaron rápidamente, aunque sin perder de vista á las tropas americanas. El general Mackenzie preguntó entonces al coronel Valdez *si intentaba impedir de nuevo el paso á los americanos, á lo que contestó aquél que al general Mackenzie tocaba evitarlo* [that it was general Mackenzie's business to guard against that]. El general Mackenzie dijo entonces que él deseaba volver y volvería pronto [he would, and that he would soon come again.]

El Coronel Valdez le ofreció un destacamento de su fuerza, que escoltase á los americanos hasta la frontera; pero el general Mackenzie rehusó la oferta, diciendo que él bas-

taba para defenderlos. Los mexicanos no se retiraron hasta que vieron á los americanos reparar el río. La fuerza mexicana era inferior en número á la americana y, de consiguiente, no merecen censura sus oficiales por haber eludido el combate. A nadie pudo capturarse durante la expedición.

Tal es la version americana."

En su sección de fondo, y refiriéndose al anterior despacho, estampó el HERALD el siguiente suelto:

"El general Mackenzie ha regresado de México, habiendo estado á punto de sostener un combate, más allá de la frontera, con fuerzas del Ejército mexicano. Lo cual no sucedió, gracias á la prudencia ó cobardía [prudence or cowardice] del jefe mexicano Valdez, que intentó cortar el paso, pero que con gran discreción se apartó del camino, al ver que las fuerzas de los Estados Unidos se colocaban en orden de batalla."

¿Nada tendrá que decir tampoco ahora el DIARIO OFICIAL contra el doble ultraje hecho públicamente á la nación mexicana: la invasión deliberada de su territorio por fuerzas extranjeras que se retiran expresando su propósito de volver, é invasión que, con una precocidad increíble, confiesan y pregonan los diarios de la nación agresora; y la acusación de probable cobardía, hecha con cierto pudor en el despacho de Galveston que, después de intentar la defensa de los *intimidados* jefes mexicanos, concluye diciendo, "Tal es la version americana," lo cual en el presente caso vale tanto como decir, "Esto no debe ser cierto;" pero presentada sin paliativos y con toda su insolente desnudez en el suelto de fondo del HERALD de Nueva York?

¿Prevalecerá el sistema del silencio, dejando impune el doble ultraje á la faz del mundo entero?

### SUSCRICION

Á FAVOR DE LAS FAMILIAS DE LOS NAUFRAGOS ESPAÑOLES.

Suma anterior.....	\$	7,099	33
<i>Suscripción de Lagos.</i>			
Julian Mazorro.....	10	00	
Antonio Antuñano.....	1	00	
Pedro Cabello.....	1	00	
José del Monte.....	3	00	
<i>Mexicanos.</i>			
Luis G. Córdoba.....	1	00	
José María Verdaz.....	25		
Juan G. Portugal.....	25		
Refugio G. Padilla.....	25		
Jesus Moreno.....	25		
<i>Franceses.</i>			
Pedro Pont.....	1	00	
Alfredo Pont.....	1	00	
G. Brun.....	1	00	
Suma.....	\$	20	00
Total.....	\$	7,119	33

## EL REGRESO DEL ARTISTA.

[De LA MAÑANA de Madrid].

En un hermoso día de Octubre del año de 1498, los curiosos, los desocupados y forasteros se reunían en gran número delante de uno de los pilares de la casa ayuntamiento de Nuremberg. Este pilar estaba casi totalmente cubierto por un enorme edicto, en el que se leía lo que sigue:

"José Durero, platero de esta ciudad, pone en conocimiento de sus convecinos, que tendrá lugar en su taller de la plaza del Reloj, una venta general de los objetos de arte de platería que posee. El catálogo de estos objetos sería muy extenso para poder detallarle aquí. La venta empezará á las cuatro y media."

—¿Cómo! dijo lleno de sorpresa y con marcada emoción uno de los concurrentes, que por la elegancia y magnificencia de su traje podía suponerse que era un acaudalado señor extranjero. ¿Cómo! ¿El rico platero Durero vende en subasta pública los maravillosos objetos de arte? ¿Qué fatalidad le ha reducido á semejante extremo?

—Ud. ignora, por lo visto, caballero, respondió un artesano, que José Durero ha hecho sacrificios inmensos para sostener la casa de su yerno, poco hace uno de los primeros comerciantes de Lubeck. Este yerno contraído deudas considerables que han ocasionado este desastre; para salvar el honor de sus nietos, para conservarles un nombre puro y sin tacha, el buen hombre se deshace de las preciosas obras que constituían el orgullo y la alegría de su vejez; de sus más ricos objetos de arte, los cuales y, después de una posesión tan larga, se habían identificado en cierto modo con su existencia. Esta conducta noble y bella es digna de un leal ciudadano de Nuremberg; ella inspira en su favor las simpatías de todos; pero ¿por qué fatalidad un triste recuerdo había de venir á mezclarse en esta conformidad de alabanzas y como á turbar las señales de simpatía tan unánime?

—¿Podrías decirme, si no fuese indiscreto, replicó á su interlocutor el hombre del rico porte, la explicación de vuestras últimas palabras?

—Con mucho gusto, caballero. Sabed que José Durero tenía tres hijos y una hija. Esta casó, llevando una crecida dote, con el negociante de Lubeck, que acaba de quebrar. Sus dos hijos mayores, á fuerza de enormes sacrificios, fueron colocados, el uno en la corte del Elector de Baviera, y el otro en la del gran duque de Weimar. Ellos han hecho una carrera brillante y rápida, olvidando á su anciano padre desde que cambiaron su humilde nombre por un título pomposo de conde y de baron.

—¿Y qué fué de su tercer hijo?

—¿Alberto? contestó el artesano. Os diré, Alberto quiso ser artista y José Durero se opuso. Tú serás platero como yo, decía al muchacho, que le suplicaba le diese lápices, lienzos y pinceles, porque de otro modo saldrás de casa; pues no te daré de comer mientras no te vea empuñando el buril y el martillo.

—¿Y que sucedió? dijo el desconocido.

—Resultó que un día [hace ya bastantes años de esto] el pobre Alberto desapareció; desde entonces nada se ha sabido de él. ¿Ha muerto? ¿Está vivo? ¿Se hizo soldado? Nada de esto os podría decir.

En este instante dieron las cuatro. Se abrieron los talleres del platero, y la caterva de curiosos y admiradores del arte entró en ellos precipitadamente.

Los platos, las vajillas, jarros, ánforas de plata, plata sobredorada y oro, fueron vendidos inmediatamente.

En seguida se colocaron las piezas de mayor mérito, las obras maestras del platero;

éstas representaban bellísimos tabernáculos trabajados con indescriptible arte; edificios góticos; capillas sarracenas distribuidas con la mayor exactitud; grandes bandejas de plata con representaciones en relieve de pasajes del Antiguo Testamento, además de otras figuras tomadas del natural y copiadas de obras antiguas con una admirable perfección. Mientras no se ofreció á los compradores sino los productos más comunes de su arte, el platero permaneció tranquilo dentro de su taller; pero cuando oyó citar los nombres de sus obras maestras; cuando el pregonero se puso á salmodiar, en frases vanamente lisonjeras, el mérito y la bellezas de estas obras, que habían hecho su reputación tan grande, tan universal, le fué ya imposible conservar su actitud resignada, se levantó bruscamente como movido por una influencia invisible, echóse á andar alrededor de las diversas piezas que se iban á vender, ni más ni menos que como una madre lo hace alrededor de la cuna de su niño enfermo.

Se oyó entonces:

—Seis estatuas de oro y plata á imitación de obras antiguas.

—Mil ducados de oro, dijo uno.

—Mil cincuenta, dijo otro.

—Mil ciento, replicó el primero.

Ninguno se atrevió á pujar más, y las estatuas fueron adjudicadas.

El viejo platero apenas podía respirar, le ahogaba el sentimiento; su semblante estaba tan blanco como su cabellera, apoderándose de sus miembros un temblor convulsivo. Continuó, sin embargo, allí, mientras el encargado público inscribía los nombres de los compradores. Cuando se hubo vendido todo, el anciano volvió á dar otra vuelta alrededor de ello con un sentimiento indefinible. Se acercaba el momento más terrible: éste era el que el adjudicatario iba á llevarse todas las riquezas que había poseído tanto tiempo el platero, y eran, á sus ojos los verdaderos dioses domésticos de su morada, que constituían, por decirlo así, su segunda vida.

—Pueden presentarse, dijo el encargado público, los adjudicatarios de los 23 últimos objetos que se han vendido.

—No hay más que un adjudicatario, gritó el mismo artesano que había tenido con el desconocido la conversación que hemos manifestado.

—Que se presente aquí, que pague y diga su nombre, replicó el encargado.

Vióse entonces aproximarse un hombre de una fisonomía dulce y bella, que tenía de 26 á 27 años. Vestía con el mayor lujo al uso de Francia; llevaba además capa española con el aire característico de este traje, adornada con broche de oro y embozos de seda; le colgaba del cuello una preciosa cadena de oro, de la cual pendía una magnífica medalla del mismo metal con el busto del emperador Maximiliano; su sombrero estaba inclinado sobre su frente, y los bucles de los cabellos caían abundantes y perfumados sobre un rico cuello de Malinas.

—Ahí está la totalidad del precio de mis compras, dijo temblando el joven. Contadlo si queréis.

—Señor, vuestro nombre para inscribirle en los registros.

Todavía el anciano platero, mudo y sobrecogido, esperaba, sentado en un rincón, con la ansiedad del desesperado, que un gesto del adquirente diese la señal del levantamiento de tan preciosas reliquias.

—Firmad, dijo balbuciendo al joven, firmad... Alberto... Durero.

Al oír este nombre, el anciano platero saltó como si tuviese quince años; en menos de un segundo se encontró entre los brazos de su hijo.

—¿Alberto! exclamó, ¡mi pobre Alberto! ¿eres tú el que veo? ¿Tú el que estrecho